

LA GUERRA DE LOS MUNDOS



Austral Singular

H. G. WELLS

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

Traducción

Rafael Santervás

Ilustraciones

Henrique Alvim Corrêa



LIBRO I

La llegada de los marcianos




I

La víspera de la guerra

Nadie habría creído en los últimos años del siglo XIX que este mundo era observado con mucha atención y minuciosidad por inteligencias superiores a las del hombre, aunque tan mortales como la suya; que mientras los seres humanos se dedicaban a sus diversas ocupaciones eran escudriñados y estudiados, quizá casi tan de cerca como cualquiera podría observar con un microscopio las fugaces criaturas que pululan y se multiplican en una gota de agua. Con una suficiencia infinita iban y venían los hombres por el mundo, ocupados en sus pequeños negocios, serenos en la seguridad de su imperio sobre la materia. Es posible que, bajo el microscopio, los infusorios se comporten de la misma manera. A nadie se le ocurrió pensar que en los mundos más antiguos del espacio podían originarse peligros para los humanos, y no los estudiaban más que para rechazar como imposible o improbable la idea de que existiese vida






en ellos. Resulta curioso recordar algunos hábitos mentales de aquellos tiempos. Como mucho, los habitantes de la Tierra se imaginaban que en Marte podían existir otros hombres, quizá inferiores a ellos, y dispuestos a dar la bienvenida a una expedición misionera. Sin embargo, desde el otro lado del abismo espacial que nos separa, mentes que son a las nuestras lo que las nuestras a las bestias percederas, inteligencias profundas, frías e indiferentes, miraban a nuestra Tierra con ojos envidiosos, y lenta, pero firmemente, trazaban sus planes contra nosotros. Y a comienzos del siglo xx llegó la gran desilusión.



El planeta Marte, apenas necesito recordárselo al lector, gira alrededor del Sol a una distancia media de 225 millones de kilómetros, y la luz y el calor que recibe del Sol son casi la mitad de los que llegan a nuestro mundo. Si la teoría de las nebulosas es correcta, Marte tiene que ser más viejo que nuestro mundo, y la vida debe de haberse empezado a desarrollar en su superficie mucho antes de que la Tierra se solidificase. El hecho de que el volumen de Marte sea casi siete veces menor que el de la Tierra debe de haber acelerado su enfriamiento hasta la temperatura a la que la vida podía surgir. Tiene aire y agua, y todo lo que se necesita para el mantenimiento de la existencia animada.

Pero los hombres son tan vanos y están tan cegados por su vanidad que hasta el mismísimo final del siglo xix ningún escritor expresó ninguna idea sobre la posibilidad de que se hubiese desarrollado allí vida inteligente, y mucho menos todavía de que su nivel intelectual fuese muy superior al de nuestro



mundo. En general tampoco se comprendía que al ser Marte más viejo que nuestra Tierra, no tener más que apenas una cuarta parte de nuestra superficie y estar más alejado del Sol, de esto necesariamente se sigue que no solo está más distante del comienzo de la vida, sino también más cerca de su final.

El enfriamiento secular, que dominará algún día a nuestro planeta, ha avanzado ya muchísimo en nuestro vecino. Sus características físicas son todavía en gran medida un misterio, pero ahora sabemos que ni en su región ecuatorial la temperatura de mediodía apenas se acerca a la de nuestros inviernos más fríos. Su atmósfera es mucho más tenue que la nuestra, sus océanos se han reducido hasta no cubrir más que un tercio de su superficie y, cuando cambian sus lentas estaciones, enormes cimas de nieve se acumulan y funden en sus polos, para luego inundar de manera periódica las zonas templadas. Esa última etapa de agotamiento, que para nosotros resulta todavía increíblemente remota, se ha convertido en un problema acuciante para los habitantes de Marte. La presión inmediata de la necesidad ha aguzado su inteligencia, agrandado sus facultades y endurecido su corazón. Y mirando a través del espacio con aparatos y conocimientos que nosotros apenas podemos imaginar, han visto a la distancia más cercana de solo 56 millones de kilómetros en dirección al Sol, una estrella matinal de esperanza, a nuestro propio y más cálido planeta, verde por su vegetación y gris por sus aguas, con una atmósfera nublada, claro signo de fertilidad, y han podido vislumbrar, entre los contornos de las nubes a la deriva, anchas extensiones de



campo densamente pobladas y angostos mares cubiertos de barcos.

Y los hombres, las criaturas que habitamos esta Tierra, debemos de ser para ellos al menos tan extraños e insignificantes como lo son los monos y los lémures para nosotros. Desde el plano intelectual, la humanidad admite ya que la vida consiste en una lucha incesante por la existencia y, al parecer, esa es también la creencia de las mentes que viven en Marte. Su mundo ha entrado ya en un enfriamiento extremo y el nuestro está todavía rebosante de vida, pero lleno de lo que ellos consideran animales inferiores. La única salida a la destrucción que se cierne sobre ellos generación tras generación está, desde luego, en hacer la guerra en dirección al Sol.

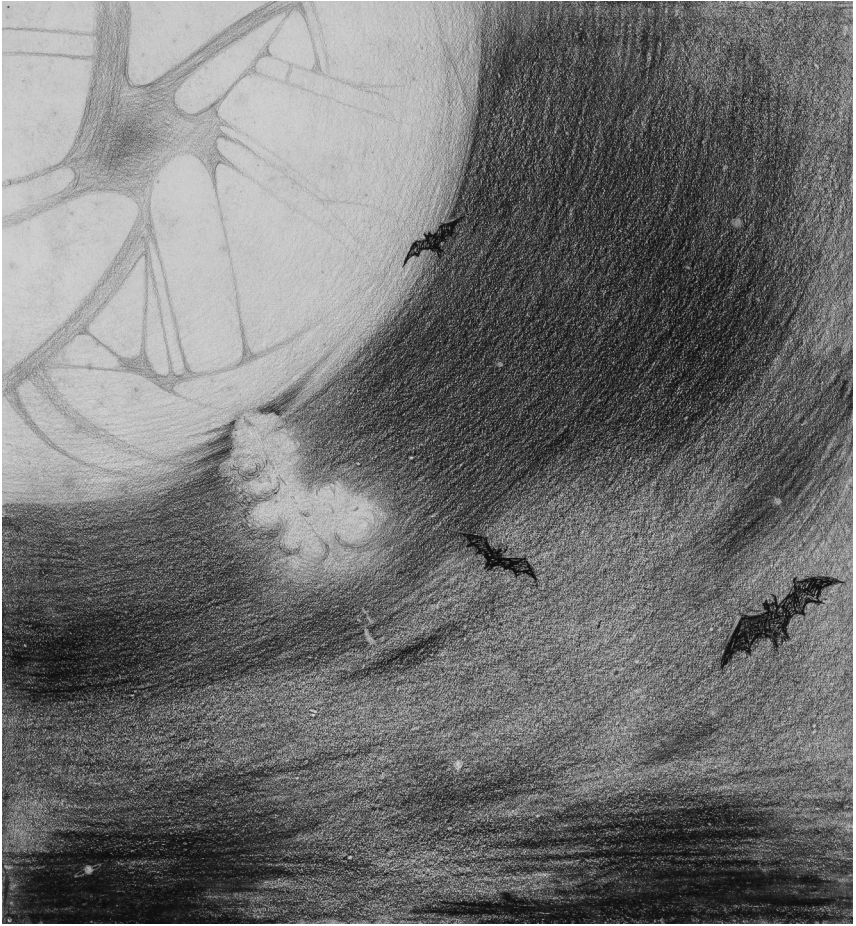
Antes de juzgarlos con demasiada dureza hemos de recordar que nuestra propia especie ha destruido despiadada y totalmente no solo animales como los extinguidos bisontes y dodos, sino también razas humanas inferiores. Los aborígenes tasmanos, a pesar de su aspecto humano, fueron borrados por completo de la existencia en una guerra de exterminio llevada a cabo por los emigrantes europeos durante cincuenta años. ¿Somos nosotros tan grandes apóstoles de la piedad como para quejarnos si los marcianos combatieran con ese mismo espíritu?

Parece que los marcianos calcularon su descenso con asombrosa sutileza —sus conocimientos matemáticos son evidentemente muy superiores a los nuestros— y realizaron sus preparativos con regularidad casi perfecta. Si nuestros instrumentos nos lo hubiesen permitido, podríamos haber visto el pro-

blema que se avecinaba con mucha antelación a comienzos del siglo XIX. Hombres como Schiaparelli observaron el planeta rojo —es curioso, por cierto, que durante innumerables siglos haya sido Marte la estrella de la guerra—, pero no supieron interpretar las fluctuantes apariencias de las marcas que tan bien trazaban en sus mapas. A lo largo de todo ese tiempo los marcianos se estaban preparando.

Durante la oposición astronómica de 1894 se vio una gran luz en la parte iluminada del disco, primero en el observatorio de Lick, luego en Niza por Perrotin y después por otros observadores. Los lectores ingleses conocieron este detalle por primera vez en el número de la revista *Nature* del dos de agosto. Me inclino a pensar que ese resplandor pudo haberse debido a la fundición del enorme cañón en el inmenso pozo excavado en su planeta y desde el que luego nos dispararon sus cañonazos. Marcas peculiares, aún inexplicadas, se vieron cerca del lugar de la explosión durante las dos oposiciones siguientes.

La tormenta nos estalló hace ahora seis años. Cuando Marte se acercaba a la oposición, Lavelle, de Java, hizo palpar los hilos de las comunicaciones astronómicas con la asombrosa noticia de una enorme explosión de gas incandescente en el planeta. Había ocurrido hacia la medianoche del día doce y el espectroscopio, al que había recurrido de inmediato, indicaba que una masa de gas llameante, sobre todo hidrógeno, se movía a una velocidad enorme hacia la Tierra. El chorro de fuego se había vuelto invisible en torno a las doce y cuarto. Él lo compara-



ba con una colosal ráfaga de fuego lanzada de forma repentina y violenta fuera del planeta, «como salen los gases ardientes de la boca de un cañón».


Resultó ser una frase singularmente apropiada. Sin embargo, nada de esto apareció en los periódicos del día siguiente salvo una breve nota en el *Daily Telegraph*, y el mundo siguió ignorando uno de los peligros más graves que jamás habían amenazado a la raza humana. Quizá no hubiera sabido nada de la erupción de no haberme encontrado a Ogilvy, el famoso astrónomo, en Ottershaw. La noticia le había excitado muchísimo y con el exceso de emoción me invitó a acompañarle aquella noche en la inspección del planeta rojo.

A pesar de todo lo que ha sucedido desde entonces, todavía recuerdo aquella velada con absoluta claridad: el negro y silencioso observatorio, la ensombrecida linterna que lanzaba un débil resplandor sobre el rincón del piso, el constante tictac del mecanismo del telescopio, la pequeña rendija de la cubierta —una profundidad rectangular surcada por el polvo de las estrellas—. Ogilvy andaba de acá para allá, invisible pero audible. Mirando por el telescopio se veía un círculo de azul intenso, y al pequeño y redondo planeta flotando en el campo visual. Parecía tan poca cosa, tan brillante, pequeño y tranquilo, marcado levemente por rayas transversales y, perdida ya la redondez perfecta, algo achatado. Pero era tan diminuto, tan cálido y plateado..., ¡una luminosa cabeza de alfiler! Parecía como si temblara, pero en realidad era el telescopio el que vibraba por la actividad del mecanismo que mantenía al planeta en el campo visual.


Cuando miraba, el planeta parecía agrandarse y empequeñecerse, acercarse y alejarse, pero eso se debía simplemente a que los ojos se me cansaban. Estaba a 64 millones de kilómetros de nosotros..., más de 64 millones de kilómetros de vacío. Poca gente es consciente de la inmensidad del vacío en el que flota el polvo del universo material.

Recuerdo que junto a él, dentro del campo visual, había tres puntitos luminosos, tres estrellas telescópicas infinitamente lejanas, y todo a su alrededor era la insondable oscuridad del espacio vacío. Ya conocen el aspecto que tiene esa negrura en las noches heladas y llenas de estrellas. En un telescopio parece todavía mucho más profunda. Pero invisible para mí, porque era tan pequeña y remota, volando rápida y constante en mi dirección a través de aquella distancia increíble, acercándose tantísimos miles de kilómetros por minuto, venía aquella Cosa que nos enviaban, la Cosa que iba a traer tanta lucha, calamidad y muerte a la Tierra. En ningún momento pensé en ella entonces, cuando miraba por el telescopio; nadie en este mundo pensaba en aquel proyectil infalible.

También aquella noche otro chorro de gas salió disparado del lejano planeta. Yo lo vi. Fue un destello rojizo en el borde, la más ligera proyección del contorno, justo cuando el cronómetro daba la medianoche. Se lo dije a Ogilvy y me reemplazó al telescopio. La noche era calurosa y yo tenía sed, así que fui, estirando torpemente las piernas y tanteando en la oscuridad el camino, hasta la mesita en la que estaba el sifón, mientras Ogilvy lanzaba exclamaciones al torrente de gas que venía hacia nosotros.



Aquella noche, otro proyectil invisible iniciaba su trayectoria hacia la Tierra desde Marte, justo veinticuatro horas después del primero y con una diferencia de más o menos un segundo. Recuerdo que, mientras estaba sentado en la mesa allí en la oscuridad, manchas verdes y rojas me bailaban en los ojos. Me habría gustado tener una cerilla para fumar, aunque no sospechaba el significado de aquel minúsculo resplandor que había visto y todo lo que pronto me acarrearía. Ogilvy observó hasta la una, entonces lo dejó, encendimos la linterna y volvimos a su casa. Allá abajo, en la oscuridad, se extendían Ottershaw y Chertsey, con sus centenares de habitantes durmiendo en paz.



Ogilvy hizo muchas conjeturas esa noche sobre las características de Marte y se rio de la idea vulgar de que tuviese habitantes que nos estuvieran haciendo señales. Él pensaba que una densa lluvia de meteoritos estaba cayendo sobre el planeta o que había una enorme explosión volcánica. Me destacaba lo improbable que era que una evolución orgánica hubiera tomado la misma dirección en los dos planetas adyacentes.

—Las posibilidades de la existencia en Marte de algo parecido al hombre son de una entre un millón —me dijo.

Cientos de observadores vieron la llama aquella noche, y la siguiente, hacia las doce, y de nuevo la noche siguiente, y así durante diez noches, una llamarada cada vez. Nadie en la Tierra ha tratado de explicar por qué los lanzamientos cesaron después del décimo. Puede que los gases producidos por



ellos causaran molestias a los marcianos. Densas nubes de humo o de polvo que, vistas con un poderoso telescopio desde la Tierra, parecían pequeñas manchas grises y oscilantes se extendieron por la limpia atmósfera del planeta, oscureciendo sus rasgos más familiares.

Hasta los periódicos diarios afrontaron por fin aquellas perturbaciones y, aquí y allá y por todas partes, aparecieron comentarios populares referentes a los volcanes de Marte. Recuerdo que la famosa revista satírica *Punch* utilizó con acierto el asunto en su viñeta política. Mientras tanto, completamente ignorados, los proyectiles que los marcianos habían lanzado en nuestra dirección viajaban hacia la Tierra, avanzando ahora a una velocidad de muchos kilómetros por segundo a través del vacío abismo del espacio, cada vez más y más cerca, hora tras hora, día tras día. En la actualidad me parece increíblemente asombroso que, con esa rápida catástrofe precipitándose sobre nosotros, los hombres pudieran dedicarse a sus insignificantes asuntos como si no pasara nada. Recuerdo lo contento que estaba Markham por haber conseguido una nueva fotografía del planeta para el periódico ilustrado que dirigía por aquel entonces. La gente de ahora apenas es consciente de la abundancia y del ingenio de nuestros periódicos del siglo XIX. Por mi parte pasaba mucho tiempo aprendiendo a ir en bicicleta y escribiendo una serie de artículos sobre el desarrollo probable de las ideas morales según progresaba la civilización.

Una noche (entonces el primer proyectil apenas

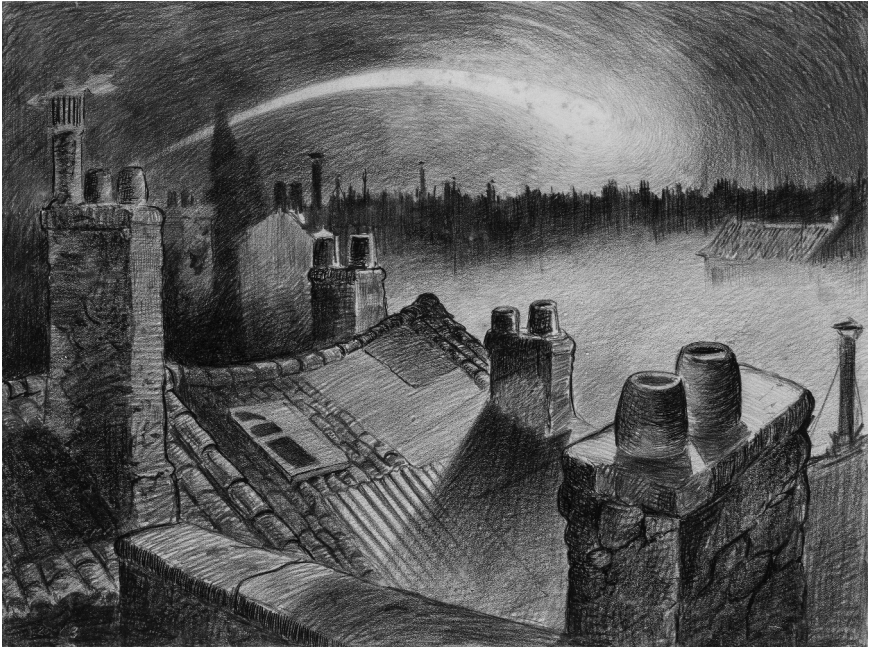
distaría de nosotros 16 millones de kilómetros) salí a dar un paseo con mi esposa. Era una noche estrellada y le expliqué los signos del zodiaco y señalé a Marte, brillante punto luminoso que se elevaba en dirección al cenit, y hacia el cual estaban apuntados tantos telescopios. También era una noche calurosa. De vuelta a casa, un grupo de excursionistas de Chertsey o de Isleworth nos adelantaron cantando y tocando música. La gente iba a acostarse y, por lo tanto, encendía las luces de las ventanas de los pisos superiores de las casas. Desde la estación del ferrocarril, a lo lejos, nos llegaban los ruidos de los trenes cambiando de vía, haciendo sonar sus campanas y traqueteando, y la distancia los suavizaba hasta convertirlos casi en una melodía. Mi esposa me señaló la brillantez de las señales luminosas rojas, verdes y amarillas colgando de sus armazones y resaltando contra el cielo. Todo parecía muy seguro y tranquilo.

II

La estrella fugaz

Llegó entonces la noche de la primera estrella fugaz. La vieron por la mañana temprano avanzando a toda velocidad sobre Winchester en dirección este, una línea de fuego muy alta en la atmósfera. Debieron de haberla visto cientos de personas, que la tomaron por una estrella fugaz corriente. Albin la describió diciendo que dejaba tras ella una estela verdosa que brillaba durante algunos segundos. Deming, nuestra mayor autoridad en meteoritos, declaró que la altura de su primera aparición era de unos ciento cuarenta y cinco o ciento sesenta kilómetros. Le pareció que había caído a tierra a unos ciento sesenta kilómetros al este.

Yo estaba en casa a esa hora, escribiendo en mi despacho, y aunque las ventanas de mi terraza dan a Ottershaw y tenía las persianas subidas (porque entonces me encantaba contemplar el cielo de noche) no vi nada. Sin embargo, la cosa más extraña que



había llegado jamás a la Tierra desde el espacio exterior debió de caer mientras yo estaba sentado allí y la hubiese visto solo con levantar la vista cuando pasaba. Algunos de los que vieron su vuelo dicen que hacía un ruido similar a un silbido sordo. Yo no oí nada semejante. Mucha gente de Berkshire, Surrey y Middlesex debió de haberla visto caer, pero todo lo más que pensaron fue que había descendido un meteorito más. Aparentemente nadie se molestó en buscar la masa caída aquella noche.

Pero el pobre Ogilvy, que había visto la estrella fugaz y estaba convencido de que un meteorito se hallaba en alguna parte del campo comunal entre Horsell, Ottershaw y Woking, se levantó muy temprano con la idea de encontrarlo. Y desde luego que lo halló, poco después del amanecer y no muy lejos de los arenales. El impacto del proyectil había excavado un hoyo enorme, y la arena y la grava, lanzadas violentamente en todas las direcciones sobre el brezal, formaban montones visibles a dos kilómetros de distancia. El brezal estaba ardiendo en dirección este y una delgada columna de humo azul ascendía en la aurora.

La propia Cosa yacía enterrada casi por completo en la arena, entre las dispersas astillas de un abeto que había hecho pedazos en la caída. La parte al descubierto tenía el aspecto de un cilindro gigantesco, muy endurecido y con el contorno suavizado por una gruesa incrustación escamosa de color pardo. Medía unos veintisiete metros de diámetro. Ogilvy se acercó a la masa, sorprendido por el tamaño y aún más por la forma, puesto que la mayoría de los me-

teoritos son casi completamente redondos. Pero estaba tan caliente por su rozamiento con la atmósfera que no permitía aproximarse mucho. El ruido de movimientos procedente del interior del cilindro lo atribuyó al desigual enfriamiento de su superficie, porque en aquellos momentos aún no se le había ocurrido que pudiera estar hueco.

Permaneció de pie al borde del hoyo que la Cosa había excavado con la mirada clavada en su extraño aspecto, desconcertado sobre todo por la forma y el color inusuales, percibiendo vagamente, incluso entonces, alguna prueba de que aquella llegada estaba planeada. La mañana comenzaba en medio de una quietud maravillosa y el sol, asomándose por encima de los pinos hacia Weybridge, ya calentaba. No recordaba haber oído a ningún pájaro aquella mañana, no había brisa y los únicos ruidos de los alrededores eran los leves movimientos procedentes del interior del ceniciento cilindro. Estaba completamente solo en aquellas tierras comunales.

De repente advirtió entonces con un sobresalto que una parte de la grisácea escoria, de la cenicienta incrustación que cubría el meteorito, se estaba desprendiendo por el borde circular del extremo. Caía en forma de copos mojando la arena que había debajo. Un gran trozo se desprendió bruscamente y cayó con un ruido agudo que le puso los pelos de punta.

Durante unos minutos no se dio cuenta de lo que eso significaba y, aunque el calor era excesivo, se metió en el hoyo y se acercó a la mole para ver la Cosa con más claridad. Incluso entonces todavía se

imaginaba que el enfriamiento del cuerpo podía explicar aquello, aunque desmentía esa idea el hecho de que la ceniza cayera solo de un extremo del cilindro.

Luego vio que el tope circular del cilindro estaba girando muy despacio. Se trataba de un movimiento tan gradual que solo lo descubrió al notar que una mancha negra, que cinco minutos antes estaba junto a él, se encontraba ahora al otro lado de la circunferencia. Ni siquiera entonces comprendió lo que eso significaba hasta que oyó un chirrido sordo y vio cómo la mancha negra avanzaba, de una sacudida, unos dos centímetros y medio. De repente le vino la idea como un ramalazo. ¡El cilindro era artificial —hueco— y con un extremo que se desatornillaba! Algo desde dentro del cilindro estaba desenroscando la tapadera.

—¡Cielos! —exclamó Ogilvy—. ¡Hay un hombre dentro..., hombres dentro! ¡Casi quemados vivos! ¡Están tratando de escapar!

Y de inmediato, con gran rapidez mental, relacionó la Cosa con el resplandor en Marte.

El pensamiento de seres encerrados le resultó tan espantoso que, olvidándose del calor, se acercó al cilindro para ayudarlo a girar, pero afortunadamente la opaca radiación le detuvo antes de que pudiera quemarse las manos con aquel metal todavía incandescente. Entonces se quedó indeciso un momento y luego se dio la vuelta, salió trepando del hoyo y echó a correr frenéticamente hacia Woking. Debían de ser más o menos las seis de la mañana. Se encontró a un hombre que conducía un carromato y

trató de hacerle entender lo ocurrido, pero su relato y su aspecto eran tan estafalarios —se le había caído el sombrero en el hoyo—, que el del carronato siguió adelante sin pararse. Lo mismo le ocurrió con el mozo que abría las puertas de la taberna al lado de Horsell Bridge. El hombre pensó que se trataba de un loco que andaba suelto y trató, sin éxito, de encerrarlo en el bar. Eso le calmó un poco y, cuando vio a Henderson, el periodista de Londres, trabajando en su jardín, le llamó por encima de la valla y consiguió hacerse entender por fin.

—Henderson —le preguntó—, ¿vio usted la estrella fugaz anoche?

—¿Y bien...? —respondió Henderson.

—Está ahora en el común de Horsell.

—¡Santo Dios! —dijo Henderson—. ¡Un meteorito caído! Eso es bueno.

—Pero es algo más que un meteorito. Es un cilindro... ¡un cilindro artificial, hombre! Y tiene algo dentro.

Henderson se puso en pie con la pala en la mano.

—¿Qué...? —preguntó.

Henderson era sordo de un oído.

Ogilvy le contó todo lo que había visto, pero Henderson tardó unos minutos en enterarse bien del asunto. Luego soltó la pala, se puso la chaqueta a toda prisa y salió a la calle. De inmediato los dos hombres volvieron a toda prisa a los campos de Horsell y encontraron el cilindro en la misma posición. Pero ahora los ruidos interiores habían cesado y se veía un fino círculo de metal brillante entre la

tapadera y el cuerpo del cilindro. El aire que entraba o salía por la ranura chisporroteaba levemente.

Escucharon posibles ruidos y, con un bastón, golpearon el escamoso metal calcinado pero, al no obtener respuesta, ambos concluyeron que el hombre o los hombres del interior debían de estar inconscientes o muertos.

Desde luego ninguno de los dos pudo hacer nada más. Gritaron consuelos y promesas y volvieron de nuevo al pueblo en busca de ayuda. Podemos imaginarnos cubiertos de arena, excitados, desarreglados, corriendo calle arriba a pleno sol, justo cuando los comerciantes subían las persianas de sus tiendas y la gente abría las ventanas de sus dormitorios. Henderson fue inmediatamente a la estación del ferrocarril para telegrafiar la noticia a Londres. Los artículos de los periódicos ya habían preparado a la gente para aceptar la idea. A eso de las ocho, unos cuantos muchachos y desempleados se habían puesto ya en camino hacia el común de Horsell para ver a los «marcianos muertos», pues así fue como se contó la historia. Yo se la oí por primera vez al chico de los periódicos cuando salí a comprar el *Daily Chronicle* hacia las nueve menos cuarto. Naturalmente, me sobresaltó, y no tardé ni un segundo en salir y cruzar el puente de Ottershaw en dirección al arenal.